

POESIAS DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

Es tan conocido el mérito del autor de esta nueva colección poética, son tan justamente apreciados en España y fuera de ella los varios ensayos didácticos y composiciones dramáticas que en anteriores tomos ha publicado, que no es mucho que entremos con respeto y miedo á juzgar al que puede juzgar á los demás. El justo criterio, el gusto depurado, son las dotes que más brillan en sus escritos; pero no contento el señor Martínez de la Rosa con haber indicado el camino que deben trillar los que á la gloria inmortal de poetas aspiren, nos quiere dar el ejemplo al lado de la admonición. Harta empresa es esa para un solo hombre. No presta el cielo al mismo tiempo la fría severidad del crítico y la ardiente imaginación del vate, y mal pudiera prestarlas sin contradecir sus propias leyes. Si alguna vez, pues, se ven ambas calidades reunidas, puede reputarse fenómeno. Recorramos la lista de los primeros poetas; no hallaremos en esa á los grandes didácticos: preceptos será lo que en sus obras encontraremos, preceptos de inspiración; rara vez preceptistas. Homero, Virgilio, Anacreonte, Píndaro, Tasso, Milton, etc., etc., se contentaron con la parte que les tocó; verdad es que les tocó lo más, porque nunca harán los preceptos un poeta. Recorramos, por otra parte, las obras de los grandes maestros del arte. Aristóteles hubiera probado á entonar la trompa épica; en balde hubiera ensayado á observar sus mismas reglas. Longino, que tan bien entendió el sublime, no hubiera dado nunca con él. El severo Boileau quiso pulsar la lira, y Apolo la rompió en sus débiles manos; toda su oda á la toma de Namor puede darse por el peor concepto de su arte poética. La Harpe dió modelos; pero modelos de escuela. En una palabra, la cabeza puede aventajarse en el hombre, pero es por lo regular á costa del corazón. Dos nombres colosales, que son los que más acaso á la perfección en distintos géneros se han acercado, pudieron citarse como poderosas excepciones de nuestro aserto: Horacio y Voltaire. Esto, sin

embargo, podría ser objeto de larga discusión en que no podemos entrar ahora; en ella aparecería tal vez que el Horacio del arte poética y de las sátiras no es el Horacio de las odas; que el Voltaire prosista es infinitamente superior al Voltaire autor cómico, trágico y épico.

En beneficio del señor don Francisco Martínez pueden sólo resultar estas breves observaciones, á que la lectura grata de su libro da lugar. Nadie puede dudar del alto puesto que entre los preceptistas ocupa; y de su talento poético no seremos ciertamente nosotros los que dudemos. Y no decimos tampoco que el señor Martínez es poeta porque creamos que otros lo duden, sino porque en decirlo gozamos y en repetirlo, nosotros sobre todo, que juzgaremos al autor con sus mismas leyes, y que abundamos afortunadamente en sentadas opiniones suyas. Sentimiento, intención, es lo que buscamos en el poeta: sentimiento, intención, encontramos en el señor Martínez de la Rosa. «No remontemos,—dice el autor en su prólogo,—tan desacordadamente el concepto y la frase que cueste trasudores el entendernos.» «No recuerdo un solo rasgo sublime,—dice en otra parte,—en cualquiera lengua que sea, que no esté expresado con sencillez.» Esta idea, adoptada por nuestro poeta y tan bien seguida en su *Edipo*; esta imitación de la griega sencillez; es la que distingue sus obras poéticas de las demás de su época: la oscura ampulosidad es una montaña que abrume nuestra poesía; nada más necesario que el que se resuelvan los jóvenes, en fin, á segregar del fruto precioso el injurioso pámpano que le ahoga. No es la palabra lo sublime; séalo el pensamiento; parta derecho al corazón; apodérese de él, y la palabra lo será también. «Hágase la luz,—dijo Dios,—y fué la luz.» Nada hay escrito más sublime, nada, sin embargo, menos ampuloso. Oigamos otra expresión grande y sencilla. Muere una mujer, y exclama su amiga: «¡Con que esta es la primera noche que vas á pasar en la tierra!» ¡Qué apóstrofe hay más enérgico! ¡Qué formas, sin

embargo, más sencillas! Todas las palabras son sublimes cuando la pasión las emplea. Siguiendo estos principios, es difícil ser á veces más poeta que el autor de esta colección. Hay ternura en sus composiciones, sentimiento en sus versos, profundidad á veces, dulce y melancólica filosofía. Bien quisiéramos citar algunos trozos de los que han señoreado en su lectura nuestro corazón. Pero el público se hará con estas poesías, y citar fragmentos fuera imponernos la difícil tarea de la elección. Respondemos que serán leídas con placer por los que abriguen sentimiento; con entusiasmo por los que recibieron del cielo la sensibilidad como primera condición de su existencia.

Una cosa confesaremos á nuestro pesar: uno de los géneros á que más lugar ha dado en su tomo el señor Martínez de la Rosa, ha sido un género desgastado ya; un género en que tanto y tan bueno se ha escrito, que es harto difícil sobresalir en él. No es decir esto que sus composiciones ligeras no puedan competir con las de Anacreonte, con las de Gesner, con las de Meléndez; pero la tendencia del siglo es otra: si las sociedades nacientes alimentan su imaginación con composiciones ligeras, las sociedades

gastadas necesitan sensaciones más fuertes. Acaso en esto lleve el poeta ventaja á la sociedad en que vive; acaso las causas de la decadencia de este género no hacen favor á los adelantos de la civilización; pero no por eso es menos cierto que buscamos más bien en el día la importante y profunda inspiración de Lamartine, y hasta la desconsoladora filosofía de Byron, que la ligera y fugitiva impresión de Anacreonte.

Los versificadores que sólo hacer versos saben, mas no sentirlos, podrán tachar de poco robustos algunos del autor; nosotros, aunque conocemos la necesaria cooperación de la más completa armonía posible en la poesía, pasamos ligeramente sobre ese reproche, y siempre daremos la preferencia en todo caso á las ideas.

Concluiremos dando el parabién al señor Martínez de la Rosa por su nueva publicación, y deseando que la juventud estudiosa saque tanto partido de su ejemplo como de las lecciones con que en sus obras anteriores ha sabido hacerse el órgano del buen gusto, y el honor de su patria, que colocará su nombre en la corta lista de los que en el día pueden retribuirla gloria sólida é imperecedera.

LAS CASAS NUEVAS

«La constancia es el recurso de los feos,—dice la célebre Ninón de Lenclós en sus lindas cartas al marqués de Sevigné;—las personas de mérito, que saben por dondequiera han de encontrar ojos que se prenden de ellas, no se curan de conservar la prenda conquistada; los feos, los necios, los que viven seguros de que difícilmente podrán encontrar quien llene el vacío de su corazón, se adhieren al amor, que una vez por acaso encontraron, como las ostras á las peñas que en el mar las sostienen y alimentan.

»Estos son generalmente los que, temerosos de perder el bien, que conocen no merecer, preconizan la constancia, la erigen en virtud, y hacen con ella el tormento de una vida que deben llenar la variedad y la sucesión de sensaciones tan vivas como diferentes.»

Aquella máxima de coqueta, al parecer lige-

ra, si no es siempre cierta, porque no á todos les es dado el poder ser inconstantes, es, sin embargo, profunda y filosófica, y aun puede, fuera del amor, encontrar más de una exacta aplicación. Pero mi propósito no es hundirme en consideraciones metafísicas acerca del amor; tengamos lástima al que le ha dejado tomar incremento en su corazón, y pasemos como sobre ascuas sobre tan quisquilloso argumento. El hecho es que no tenía yo la edad todavía de querer ni de ser querido, cuando entre otras varias obras francesas que en mis manos cayeron, hacía ya un papel muy principal la de la famosa cortesana citada. Chocóme aquella máxima, y fuese pueril vanidad, fuese temor de que por apocado me tuviesen, adoptéla por regla general de mis aficiones. Tuve que luchar en un principio con la costumbre, que es en el hombre hija de la pereza y madre de la cons-

tancia. El hombre, efectivamente, se contenta muchas veces con las cosas tales cuales las encuentra, por no darse á buscar otras, como se figura acaso difícil encontrarlas; una vez resignado por pereza, se aficiona por costumbre á lo que tiene y le rodea; y una vez acostumbrado, tiene la bondad de llamar constancia á lo que es en él casi naturaleza. Pero yo luché, y al cabo de poco tiempo de ese empeño en cerrar mi corazón á las aficiones que pudieran llegar á dominarle, agregado esto á la necesidad de viajar y variar de objetos, en que las revoluciones del principio del siglo habían puesto á mi familia, lograron hacer de mí el ser más veleidoso que ha nacido. Pesándome de ver á las mismas gentes todos los días, no hay amigo que me dure una semana; no hay tertulia adonde pueda concurrir un mes entero; no hay hermosa que me lo parezca todos los días, ni fea que no me encante una vez siquiera al mes; esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar á las gentes los quince primeros días que se las conoce. ¡Qué de atenciones en ellas! ¡Qué de sinceros ofrecimientos! ¿Pasaron aquéllos? ¿Se intimó la amistad? ¡Adiós! como ya de cualquier modo tienen cumplido con usted, todo son desaires, todas crudas y aceradas respuestas. Pesándome de comer siempre los mismos alimentos, hoy como á la francesa, mañana á la inglesa, un día cenó y otro meriendo: ni tengo horas fijas, ni hago comida con concierto. Y esto tiene la ventaja de predisponerme para el cólera. Pesándome de hablar siempre en español, tengo amigos franceses sólo para hablar en francés una hora al día: me trato con los operistas para hablar una vez á la semana en italiano: aprendí griego por conocer una lengua que no habla nadie; y sufro las impertinencias de un inglés, á quien trato, por darme á entender en el idioma en que decía Carlos V que hablaría á los pájaros. Pesándome de que me llamen todos los días, desde el año 9 en que nací, por el mismo apellido, cien veces dejé aquel con que vine al mundo, y ora fui el *Duende satírico*, ora el *Pobrecito hablador*, ora el *Bachiller Munguta*, ora *Andrés Niporesas*, ora *Figaro*, ora... y qué sé yo los muchos nombres que me quedarán aún que tomar en los muchos años que, Dios mediante, tengo hecho propósito de vivir en este bajo suelo; porque si alguna cosa hay que no me canse es el vivir; y si he de decir la verdad, consiste esto en que, á fuerza de meditar, he venido á conocer que sólo viviendo podré se-

guir variando. Por último, y vengamos al asunto, pesándome de vivir todos los días en una misma casa, la vista de un cuarto desalquilado hace en mi ánimo el mismo efecto que produce la picadura del pez en el corazón del anhelante pescador que le tiende el cebo. Corro á mi casa, pongo en movimiento á mi familia, hágame la ilusión de que emprendo un viaje, y de cuartel en cuartel, de calle en calle, de manzana en manzana, y hasta de piso en piso, recorro alegremente y reconozco los más recónditos escondrijos y rincones de esta populosa ciudad. Si la casa es grande: «¡Qué hermosura!—exclamo:—esto es vivir con desahogo, esto es lujo y magnificencia.» Si es chica: «Gracias á Dios,—me digo,—que salí de esos eternos caserones que nunca bastan muebles para ellos; esta es á lo menos recogida, reducida, propia, en fin, del hombre tan reducido también y limitado.» Si es cuarto bajo: «No tiene escalera,—digo,—y el hombre no ha nacido para vivir en las estrellas.» Si es alto el piso: «¡Bendito sea Dios, qué claridad, qué ventilación, y qué pureza de aires!» Si es caro: «¿Qué importa? lo primero es tener buena habitación.» Si es barato: «Mejor; con eso emplearé en galas lo que había de invertir en mi vivienda.»

Nadie, pues, más feliz que yo, porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir á la Meca. Pero es el caso que tengo un amigo que es de esos hombres que se dejan impresionar fácilmente por la última persona que oyen, de esos caracteres débiles, flojos, apáticos, irresolutos, de reata, en fin, que componen el mayor número en este mundo, que nacieron por consiguiente para obedecer, callar y ser constantemente víctimas, y cuya debilidad es la más firme columna de los fuertes.

Oyóme este amigo las reflexiones que anteceden, y vean ustedes á mi hombre descontento ya con cuanto le rodea: ya que no lo puede mudar todo, quiere cuando menos mudar de casa, y hétele buscando conmigo papeles en los balcones de barrio en barrio, porque ésta es muy de antiguo la señal que distingue las habitaciones alquilables de esta capital, sin que yo haya podido dar hasta ahora con el origen de esta conocida costumbre, ni menos con la de poner los papeles en las esquinas de los balcones cuando la casa es sólo alquilable para huéspedes.

Las casas antiguas, dijimos, que van desapareciendo de Madrid rapidísimamente, están re-

ducidas á una ó dos enormes piezas y muchos callejones interminables; son demasiado grandes; son oscuras por lo general á causa de su mala repartición y combinación de entradas, salidas, puertas y ventanas.

Dirigámonos, pues, á ver las casas nuevas; esas que surgen de la noche á la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la población de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La población que se va colocando sobre los límites que encerraron á nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes. El caso es el mismo: la copa es pequeña y el contenido mucho.

Muchas casas y muy lindas vimos. Mi amigo observó con razón que se sigue en todas el método antiguo de construcción: sala, gabinete y alcoba pegada á cualquiera de estas dos piezas; y siempre en la misma cocina, donde se preparan los manjares, colocado inoportuna y puercamente el sitio más desaseado de la casa. ¿No pudiera darse otra forma de construcción á las casas, de suerte que este sitio quedase separado de la vivienda, como en otros países lo hemos visto constantemente observado? ¿No pudieran llegarse á desusar esos vidrios horribles, desiguales, pequeños, unidos por plomos, generalmente invertidos en las vidrieras? ¿No se les podrían sustituir vidrios de mejor calidad, de más tamaño, y unidos entre sí con sutiles listones de madera, que harían siempre mejor efecto á la vista y darían más entrada á la luz? ¿No convendría desterrar esas pesadas maderas que cierran los balcones, llenas de inútiles rebajos y costosas labores, sustituyéndoles puertas ventanas de hojas más delgadas y lisas? ¿No pudiera introducirse el uso de las comodísimas chimeneas para las casas sobre todo más espaciosas, como se hallan adoptadas en toda Europa? ¿Tanto perderíamos en olvidar los mezuquinos y miserables braseros que nos abrasan las piernas, dejándonos frío el cuerpo y atufándonos con el pestífero carbón, y que son restos de los sahumadores orientales introducidos en nuestro país por los moros? ¿Qué mal haríamos en desterrar los canalones salientes, cuyo objeto parece ser el de reunir sobre el pobre transeunte, además del agua que debía naturalmente caerle del cielo, toda la que

no debía caerle, y en sustituirles los conductos vertederos semejantes á los de Correos, pegados á la pared?

Los caseros más que al interés público consultan el suyo propio: *aprovechemos terreno*; ese es su principio: *apiñemos gente en estas diligencias paradas, y vivan todos como de viaje*: cada habitación es en el día un baúl en que están las personas empaquetadas de pie, y las cosas en la posición que requiere su naturaleza: tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podría viajar junto sin romperse. Las escaleras son cerbatanas, por donde pasa la persona como la culebra que se roza entre dos piedras para soltar su piel. Un poco más de hombre ó un poco menos de escalera, y serán una sola cosa hombre y escalera.

Pero sigamos la historia de mi amigo. No bien hubo visto la blancura de una de las casas nuevas, la monería de las acomodadas piecitas, el estado de novedad de las habitaciones del piso tercero, alborózase y: *¡este cuarto es mío!* exclama.—Pero acabemos de ver.—Nada; inútil; quiero casa nueva, casa nueva; no hay remedio.—De allí á media hora estábamos ya en casa del casero. Inútil es decir que el casero tenía mala cara; todos la tienen: es la primera cosa que hacen en comprando casa; á lo menos tal nos parece siempre á los inquilinos, sin que esto sea decir que no pueda ser ilusión de óptica.—¿Qué tiene usted que mandarme?...—¿Usted es el dueño de la casa que se está haciendo?...—Sí, señor.—Hay varios cuartos en la casa.—Están dados.—¡Cómo! si no están hechos...—Ahí verá usted.—¿Pero no habría?...—Un tercero queda.—Bueno; he dicho que quiero casa nueva.—No es tampoco de los más altos, caballero: no tiene más que noventa y tres escalones y un tramito.—Ya se ve que no es mucho: se baja uno á Madrid en un momento; quiero casa nueva.—¿Pagará usted adelantado?—Hombre, ¿adelantado? A mí nadie me paga adelantado.—Pues déjelo usted.—¡Ah! no, eso no; bien; pagaré ¿un mes?—Tres meses ó seis.—Pero, hombre...—Dejarlo.—No; bien, bien; ¿cuánto renta? Es tercero y tiene pocas piezas y estrechas, y...—Diez reales diarios; dé usted gracias que no se le pone en doce.—¡Diez reales!—Si no acomoda...—Sí, señor, sí. ¿Cómo ha de ser! ¡Casa nueva!—Fiador.—¿Fiador?—Y abonado.—Bueno; ¡paciencia! Tengo amigos; el marqués de...—¿Marqués? no, no, señor.—El coronel de...—¿Militar? menos.—Un mayordomo de semana.

—¿Tiene fuero? no, señor. — Pero, hombre, ¿adónde he de ir á buscar?— Ha de tener casa abierta.— Pero si yo no me trato con taberneros, ni...— Pues dejarlo.— ¡Voto va!

No hubo más remedio que buscar el fiador: ya daba mi amigo la mudanza á todos los diablos. Venciéronse, por fin, las dificultades; ya cogió las llaves, y cogió al celador, y cogió el padrón, y cogió... ¿qué había de coger por último? el cielo con las manos, lectores míos. Comenzó la mudanza: el sofá no cupo por la escalera; fué preciso izarle por el balcón, y en el camino rompió los cristales del cuarto principal, los tiestos del segundo, y al llegar al tercero, una de sus propias patas, que era precisamente la que le había estorbado; si se hubiera roto al principio, pleito por menos; fué preciso pagar los daños. El bufete entró como taco en escopeta, haciendo más allá la pared á fuerza de rascarle el yeso con las esquinas: la cama del matrimonio tuvo que quedarse en la sala, por-

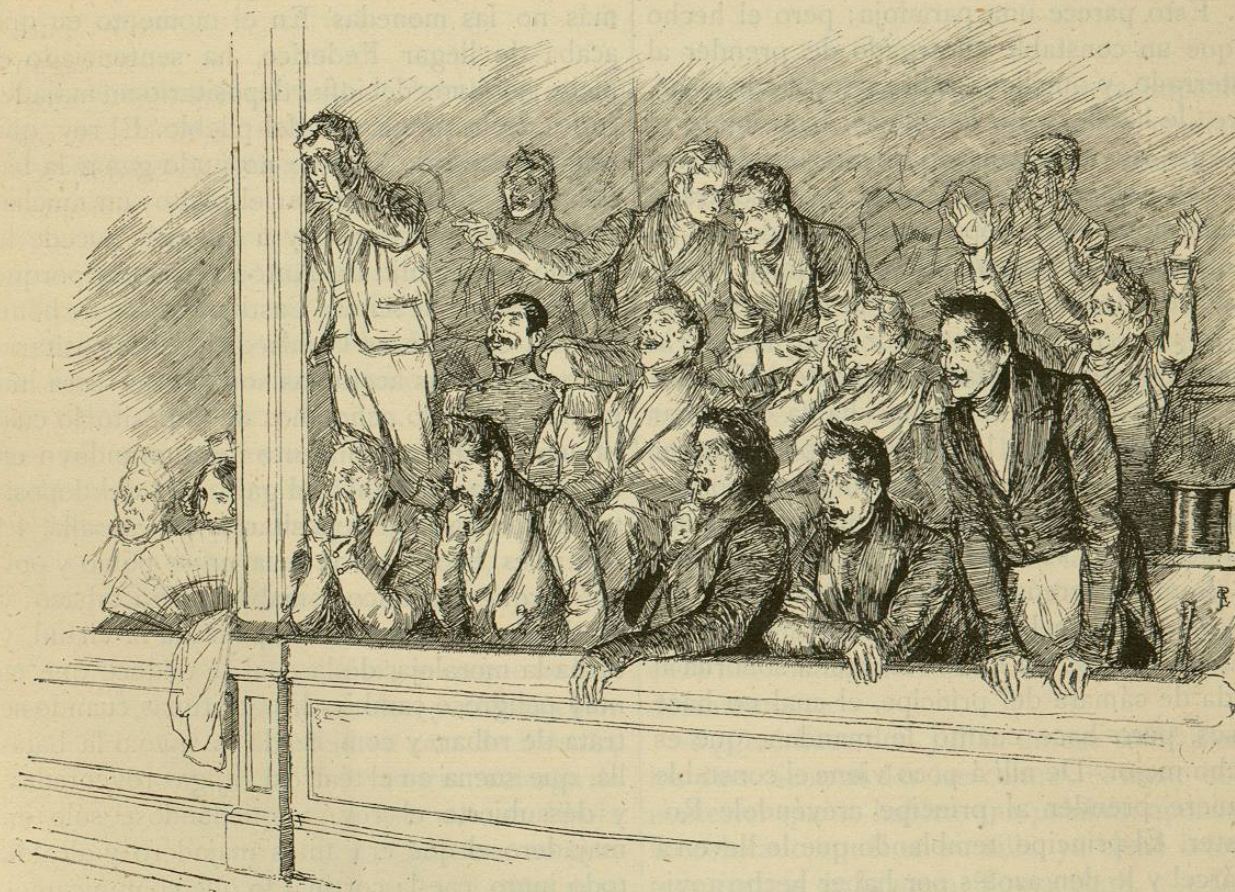
que fué imposible meterla en la alcoba: el hermano de mi amigo, que es tan alto como toda la casa, se levantó un chichón, en vez de levantar la cabeza, con el techo que estaba hombre en medio con el piso. En fin, mal que bien, estuvo ya la casa adornada; pero ¡oh desgracia! mi amigo tiene un suegro sumamente gordo: verdad es que es monstruoso; y es hombre que ha menester dos billetes en la diligencia para viajar: como á éste no se le podía romper pata como al sofá, no hubo forma de meterlo en casa. ¿Qué medio en este conflicto? ¿Reñir con él y separarse porque no cabe en casa? no es decente. ¿Meterlo por el balcón? no es para todos los días. ¡Santo Dios! que no se hagan las casas en el día para los hombres gordos! En una palabra, desde ayer están los trastos dentro: mi amigo en la escalera mesándose los cabellos, luchando entre la casa nueva y el amor filial; y el viejo en la calle esperando, ó á perder carnes, ó á ganar casa.

REPRESENTACION

DE

LA FONDA, Ó LA PRISION DE ROCHESTER, Y DE LAS ACEITUNAS, Ó UNA DESGRACIA DE FEDERICO II

COMEDIAS EN UN ACTO



Era tiempo de peste en Cádiz, y daba su parte á la autoridad un sargento que estaba de facción en Puerta de tierra, diciendo en los términos siguientes: «Sin novedad: hoy han salido por esta puerta veinte muertos con sus respectivos cadáveres. Sargento fulano.» Eso mismo decimos hoy nosotros al público al darle parte de las dos funciones nuevas que acabamos de ver desaprobadas con tanta razón por el auditorio. «Sin novedad: se han representado en este teatro dos comedias con sus respectivas silbas:» que silbas y comedias son cosas ya tan inseparables como cadáver y muerto.

Pero vamos á la primera cosa que se repre-

sentó en esta funesta noche. Casóse un labrador, y proponíase tener muchos hijos; tantos que le pareció venir allí de molde un libro de memorias, donde pudiera ir apuntando sus nombres y no confundirse él ni confundirlos jamás. Encuadernó, pues, su libro en blanco, é iba apuntando así: «Hijos del labrador Antón Antúnez: el primer hijo, no fué hijo sino hija.»

Lo mismo decimos nosotros: comedias del 24: la primer comedia, no fué comedia, sino farsa. Júzguelo sino el lector. El caso ocurre en Londres, en tiempo de no sé qué príncipe, que acaba de desterrar á su favorito el conde de